



**HOMILÍA DE MONS. LUIGI BONAZZI  
NUNCIO APOSTÓLICO EN CUBA  
EN LA MISA DE DESPEDIDA DE LA HABANA  
20 de Abril de 2009**

Eminentísimo Sr. Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de esta Capital,  
Queridos Arzobispos y Obispos de Cuba,  
Honorables Autoridades de la Nación,  
Distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático,  
Queridos sacerdotes, diáconos, religiosos y fieles laicos,  
Hermanos y Hermanas,

Al tomar la palabra, ustedes comprenden bien como mi primera y última palabra no puede ser otra que un profundo e infinito “GRACIAS”. Doy gracias con todo el corazón al Señor, del cual todo lo he recibido, y doy gracias lleno de gratitud a cada uno de ustedes, mis queridos hermanos y hermanas. Representan para mí toda la gran familia cubana que la Providencia ha querido colocar en el camino de mi vida. Durante 5 años me he sentido parte de su familia, querido y enriquecido por sus personas. Ha sido un gran regalo, muy grande. ¡Gracias! Según mis capacidades he tratado de corresponder a vuestro amor: me hubiera gustado hacerlo más y mejor.

Antes de ayer, como lo hacen todos los cubanos, fui al Santuario del Cobre, para encontrar a la Virgen de la Caridad. A ella, madre de los cubanos, le he entregado cuanto he sabido cumplir en mi misión de Representante del Santo Padre en esta Nación: le he confiado los Obispos, sacerdotes, religiosas, diáconos permanentes, seminaristas, familias, jóvenes, ancianos, enfermos, prisioneros, universitarios, intelectuales, artistas, obreros, autoridades del País... Le he encomendado, naturalmente, mi nueva misión en los Países Bálticos: Lituania, Letonia, Estonia. Ha sido un momento intenso de oración dialogada, que no quería terminar. Me pareció que la Virgen me decía algo así: “*Parte tranquilo, confiado. Yo me quedo a cuidar a mis hijos*”. Así que, aunque con el corazón conmovido, como es comprensible en una circunstancia como ésta, me despidió tranquilo y confiado.

Llegué a Cuba el 13 de mayo de 2004, fiesta de la Virgen de Fátima, y me despidió cuando todavía resuena el anuncio festivo escuchado en el día de Pascua: «*¡Cristo ha resucitado!*» Desde el balcón de la Basílica de San Pedro, en Roma, Su Santidad Benedicto XVI ha proclamado esta feliz noticia en 63 idiomas. A nombre del Papa, en esta celebración que nos reúne para dar gracias por su IV° año de Pontificado, les renuevo a todos ustedes el augurio de una Santa Pascua, vivida en la alegría del Señor Resucitado, principio y fin de toda historia y de toda esperanza.

Sí, Cristo ha resucitado, está vivo, obra, está presente, está aquí con nosotros. Es Él, en efecto, el que habla cuando en la asamblea litúrgica se proclama la Palabra de Dios (cfr. SC 7). Habla a todos y, al mismo tiempo, fija su mirada sobre cada uno. El Señor, de hecho, puede expresarse - a la vez - en «plural» y en «singular», e iluminar con Su mensaje de salvación nuestro «hoy», comunitario y personal. Acogiendo Su Palabra - que es acogerlo a Él - podremos hacer que la Pascua de Jesús, o sea Su victoria sobre la muerte y Su ingreso en la plenitud de la vida, se convierta en nuestra Pascua.

Precisamente el encuentro con Jesucristo resucitado ha sido la experiencia fundamental en la vida del gran Apóstol Pablo, del cual estamos celebrando ese año el bimilenario del nacimiento. Fue tan fundamental ese encuentro que, como consecuencia, el Apóstol no dudó en decir de sí mismo: «*Mi vida es Cristo*» (Fil. 1,21). «*Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Y si al presente vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gal. 2,20). En el texto de la Carta a los Gálatas que acabamos de escuchar, San Pablo nos entrega una de sus vivencias fundamentales, nacida de su encuentro con el Resucitado; la experiencia de la libertad: «*Cristo nos liberó para gozar de libertad; permanezcan, pues, firmes y no se sujeten de nuevo al yugo de la esclavitud*» (Gal. 5,1). ¿De cuál esclavitud habla?

Cada día, nos golpea dolorosamente la opresión del hombre sobre el hombre, y no nos damos cuenta suficientemente que ésta nace de la esclavitud interior que está en todos. Uno oprime al otro porque es esclavo. El dinero, el poder, la violencia, el miedo, los prejuicios, el mal uso de la sexualidad, la envidia, la mentira: he aquí algunas realidades que pueden quitarnos la libertad. En definitiva, la esclavitud más profunda se reduce al ser esclavos de sí mismos, del propio egoísmo que nos hace incapaces de amar a los demás, respetando por lo menos su esencial libertad y dignidad de hombres. Esto nos hace entender que una sociedad libre no es solamente aquella que no es esclava de una opresión exterior, ni solamente la que busca mantener en su seno el respeto de los derechos fundamentales de cada hombre, sino aquella que es -antes de todo- una sociedad de «hombres libres» porque ellos en su interior son libres; y por eso, capaces de amar a todos.

Cristo nos libera comunicándonos Su Espíritu, que es espíritu de amor y de servicio. “*No he venido para ser servido sino para servir*” (Mt. 20,28), dice Jesús de sí mismo. Efectivamente, nos ha amado hasta el fin (cfr Jn. 13,1), hasta la entrega de Su propia persona. Por ello, después de haber afirmado que: «*Ustedes, hermanos, fueron llamados a la libertad*», Pablo agrega una aclaración importantísima: «*procuren que la libertad no sea un motivo para servir a la carne; antes bien, sirvan los unos a los otros mediante la caridad. Porque toda la ley se resume en un solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Gal. 5,13).

Para entender esta compleja realidad que es la libertad, no sabría encontrar una frase de San Pablo más actual que ésta, en un mundo como el nuestro tan sediento de libertad. Cada uno puede sentir esta exhortación dirigida a sí y colocarla en práctica en la vida diaria - en la fábrica, en la oficina, en la familia, en la universidad, en el vecindario - precisamente porque tratando de vivir cada día su libertad tiene delante dos posibilidades.

La primera es aquella de querer la libertad, pero para sí. Es una tentación que nos acecha a menudo: toda vez que en la relación con los demás nuestro egoísmo toma como pretexto la libertad. Es la opción de vivir «según la carne»; esto es, del absolutismo del yo, del yo que desea ser todo y tomar todo para él. La otra elección es aquella de crecer diariamente en la libertad y de usarla en el amor, entregándose a los demás. Quien decide hacer esto no sufrirá a causa del ambiente en el cual se encuentra, más bien - espiritualmente libre y sin ser movido por el miedo o por constricciones externas - se empeñará en transformarlo o mejorarlo; obedecerá a las leyes pero también se sentirá superior a ellas, tal cual se decía de los primeros cristianos. En suma, en cualquier lugar donde se encuentre, no podrá nunca «quedarse a mirar», de brazos cruzados y sin iniciativa. Será, más bien, - como lo exhortó el Papa Juan Pablo II - «*un protagonista de su propia historia personal y social*», porque el amor y la libertad que están en él lo impulsarán continuamente a una vida auténtica, profunda, digna del hombre; y esta vida se comunicará a los demás.

La libertad, entonces, es para el amor; en otras palabras, para servir y donarse. Por esta razón, Jesús queriendo casi someter al Apóstol Pedro a un 'examen de idoneidad' para la misión que le estaba por encomendar - la de Pastor Universal - conforme a lo que hemos escuchado en el Evangelio de San Juan, lo interroga sobre el amor: «*Pedro, ¿me amas?*», se lo pregunta dos veces, y en la tercera: «*¿Me amas más que éstos?*». Esta pregunta: «*¿Me amas más?*» - comenta el Papa Pablo VI - «*Le exige... y da origen a un primado del amor... Al primado de la autoridad, ya conferido a Simón Pedro, Jesucristo quiere que le corresponda un primado de caridad... Primero en el amor a Cristo para ser primero en el gobierno de la Iglesia; esto es, en el amor a la Iglesia*» (*Insegnamenti di Paolo VI*, vol. III, 1965).

Todos reconocen que Benedicto XVI es ciertamente un gran pensador, pero aún más, también reconocen que es una persona que ama. Lo experimentamos aquellos que tenemos la fortuna de acercarnos a él. Él sabe que lo que hace libre y, por lo tanto, que salva, es el amor. Esta convicción íntima la manifestó el mismo día del inicio de su ministerio petrino, hace ya 4 años, con estas palabras que nos llegan tanto: «*No es el poder lo que redime sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos Su paciencia. El Dios que se ha hecho cordero nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres*». Cuando todavía era Cardenal, el mismo Pontífice había afirmado: «*...la fuerza de la historia se encuentra siempre en el hombre que ama; es decir, en una fuerza que no se puede medir como se miden las categorías del poder*» (Cfr. *La sal de la tierra*, 1996).

No hay que sorprenderse, entonces, que el Papa Benedicto XVI - en el Mensaje enviado a los Pastores de Cuba con ocasión del Xº Aniversario de la visita histórica de Juan Pablo II - haya exhortado a la Iglesia en Cuba a recorrer sin titubeos el camino del amor concreto, constante, hacia todos, sin esperar respuestas. He aquí sus palabras: «*una pequeña luz puede iluminar toda la casa, la levadura es poca cosa pero hace fermentar toda la masa (cfr. Mt. 13,33). ¡Cuántas veces pequeños gestos de amistad y buena voluntad, gestos sencillos y cotidianos de respeto, atención al que sufre o entrega desinteresada al bien de los demás, hacen entrever el amor sin límites de Dios por todos y cada uno!*

*Por eso, adquiere también una gran importancia la misión que la Iglesia en Cuba desarrolla a favor de los más necesitados, con obras concretas de servicio y atención a los hombres y mujeres de cualquier condición, que merecen ser sostenidos no sólo en sus necesidades materiales sino acogidos con afecto y comprensión. El Papa agradece profundamente el esfuerzo y el sacrificio de las personas y comunidades entregadas a estas tareas, siguiendo el ejemplo de Cristo que 'no ha venido para que ser servido sino para servir y dar Su vida en rescate por todos' (Mc. 10,45)*».

Me parece que la Iglesia en Cuba ha acogido con todo su corazón y con todas sus fuerzas esta exhortación. El otoño pasado, tres potentes ciclones impactaron sobre la Isla provocando grandes devastaciones. El segundo de ellos, *Ike*, flageló el País justo en concomitancia con la fiesta de la Virgen de la Caridad del Cobre. Algunos días después, cuando ya se había puesto en movimiento el espléndido esfuerzo de solidaridad para ayudar a los afectados, el Obispo de Guantánamo-Baracoa, Mons. Wilfredo Pino, me hizo llegar esta reflexión suya: «*Fue una pena no tener las procesiones porque se estaban preparando con mucha dedicación y había mucho entusiasmo. En cambio, Dios nos ponía por delante la gran oportunidad de practicar la caridad, que es mucho mejor y más importante que varias procesiones juntas. En eso está trabajando ahora la Iglesia en toda Cuba: ¡haciendo una gran Procesión con la Virtud de la Caridad!*». Una Iglesia comprometida en una permanente «*procesión de la caridad*», ésta es y quiere ser la Iglesia en Cuba, y así yo la veo. Expresiones de esta «*procesión de la caridad*» son: unir a la justicia la misericordia, el perdón, la reconciliación; acoger a todos sin hacer distinción de personas; permanecer cerca de quien sufre: enfermos, presos, madres solteras, familias separadas, emigrados, marginados. Pero también, y en especial, una «*procesión de la caridad*» que consiste en el ayudar a los hombres y a las mujeres de esta tierra bendita a encontrar a Dios. «*No a un dios cualquiera - nos lo recuerda Benedicto XVI - sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn. 13,1), en Jesucristo, crucificado y resucitado*». Es la caridad de conducir a los hombres a Dios porque - como repite a menudo el Santo Padre - si damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco cuando no les damos a Dios (cf. Homilía en la *Explanada de la Nueva Feria de Munich, 10 de septiembre de 2006*). Hablando de la Iglesia, no pienso solamente en la Iglesia Católica sino también en todas las iglesias cristianas que trabajan en la Isla.

Entrando ahora en un ámbito más personal, alguno me podría preguntar: ¿qué cosa has hecho y visto durante estos 5 años de tu misión en Cuba? Respondería diciéndoles también a ustedes aquello que he compartido con los Obispos reunidos en la última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal: Si tuviera que evaluar mi misión, la impresión no es tanto la de «haber hecho cosas», aunque no fueron pocos los eventos acontecidos en este último quinquenio - y ustedes los conocen -, sino más bien, la de haber colaborado en el camino de la Iglesia que es el camino de la gracia; o sea, de la acción de Dios para y en Su Iglesia. Veo una Iglesia más unida, una Iglesia comunión, siempre más articulada, con los brazos abiertos a los fieles y a toda la población, comprometida en una permanente «*procesión de la*

*caridad*», esforzándose por distribuir día tras día el pan de la Palabra (evangelización) y el pan de la caridad (promoción humana). Ella, haciendo camino con la Virgen de la Caridad, en sus Pastores, sacerdotes, religiosos y religiosas, y en sus fieles laicos, desea ser - sobre todo - «Discípula y misionera de Jesucristo» para que el pueblo cubano en Él tenga vida.

Quisiera decir una breve palabra sobre mi trabajo más propiamente «diplomático», de Representante del Papa ante las más altas Autoridades del País, con las cuales, muy honrado, he tenido encuentros especialmente significativos. Conservo un profundo y grato recuerdo de tales reuniones. Poco después de mi llegada a la Isla, me enteré del sueño del que Mons. Adolfo, amadísimo Arzobispo de Camagüey, había hablado durante su última homilía, el 5 de mayo de 2003 -pocos días antes de morir-: «*Nuestro sueño en Cuba* - dijo - *es que la Iglesia cubana sea la Iglesia, y nada más; y que las Instituciones civiles de la Patria sean las Instituciones civiles, y nada más. Que la Iglesia pueda ser en Cuba la Iglesia de la caridad, del servicio, de la comunión, de la misión*». Durante mi tiempo en Cuba han tenido lugar acontecimientos providenciales que han ayudado a la Iglesia y al Estado; por una parte, a superar mejor las dificultades e incomprensiones del pasado; por otra, a conocerse mejor y a valorarse más. Entre ellos, destaco en manera singular: la muerte santa de Juan Pablo II - que Cuba acompañó con un luto de tres días -, y la visita del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado, el año pasado. He visto crecer, aquí en la Capital y en las Provincias, un diálogo sincero y constructivo entre las Autoridades religiosas y civiles, para colaborar al bien común de la Patria. Se trata de un camino comenzado y abierto, sobre el que se podrá avanzar -para el bien de la Patria - tanto más cuanto se fundamente sobre principios de autonomía y de sana y respetuosa colaboración. Contemplo, con confiada esperanza, la continuación de este camino.

Es hora de concluir. Si bien al terminar mi misión debo dejar Cuba y por lo tanto me alejo, al mismo tiempo puedo permanecer cerca de ustedes, porque nuestra casa es Dios. Nos encontramos diariamente en el sendero que lleva a Él, en su Hijo, Cristo el Señor, que conduce nuestra vida e historia personal y la de la Nación. Me agrada, por este motivo, terminar con la oración compuesta por Su Santidad Benedicto XVI para la V<sup>ta</sup> Asamblea General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que tuvo lugar en Aparecida. Es la plegaria de la Iglesia que vive en este Continente, es la súplica de la Iglesia que sigue dando pasos en Cuba, es la invocación de cada uno de nosotros que desea asumir la bella aventura de ser cristiano:

Señor Jesucristo,  
Camino, Verdad y Vida,  
rostro humano de Dios  
y rostro divino del hombre,  
enciende en nuestros corazones  
el amor al Padre que está en el cielo  
y la alegría de ser cristianos.

Ven a nuestro encuentro  
y guía nuestros pasos  
para seguirte y amarte  
en la comunión de Tu Iglesia,  
celebrando y viviendo  
el don de la Eucaristía,  
cargando con nuestra cruz,  
y urgidos por Tu envío.

Danos siempre el fuego  
de Tu Santo Espíritu,  
que ilumine nuestras mentes  
y despierte entre nosotros  
el deseo de contemplarte,  
el amor a los hermanos,  
sobre todo a los afligidos,  
y el ardor por anunciarte  
al inicio de este siglo.

Discípulos y misioneros tuyos,  
queremos remar mar adentro,  
para que nuestros pueblos  
tengan en Ti vida abundante,  
y con solidaridad construyan  
la fraternidad y la paz.

Señor Jesús, ¡Ven y envíanos!

María, (Virgen de la Caridad del Cobre), Madre de la Iglesia,  
ruega por nosotros.

**Se autorizada la reproducción parcial o total de las informaciones publicadas en esta revista, citando la fuente.**

**Servicio de Noticias - Revista Palabra Nueva. © 2009**